

MBORORÉ, UN MEMORABLE HECHO DE ARMAS EN EL CORAZÓN DE SUDAMÉRICA DURANTE EL PERÍODO HISPÁNICO

Luis Fernando FURLÁN
Guardiamarina
Licenciado en Historia

Introducción

La victoria jesuítico-guaraní del Mbororé constituye uno de los acontecimientos más importantes de la historia naval hispánica de América del Sur. Dicha acción marcó un momento clave en la prolongada disputa ultramarina y limítrofe entre España y Portugal, que tuvo entre sus escenarios más relevantes las densas e intrincadas redes fluviales del interior de Sudamérica, de las cuales una de las más conflictivas fue la cuenca del Plata.

Marco histórico

El expansionismo portugués en América del Sur adquirió notable intensidad a partir de los primeros años del siglo XVII. Estos avances eran enérgicamente impulsados desde San Pablo por los bandeirantes, quienes en sus incontables campañas tenían como objetivo capturar aborígenes que luego eran vendidos como esclavos en el norte de Brasil para realizar trabajos rurales, lo cual implicaba, además, el desplazamiento del meridiano de Tordesillas hacia el oeste. Ello respondía al deseo portugués de ocupar la mayor extensión posible de territorio español hasta alcanzar, finalmente, las ricas regiones mineras del Virreinato del Perú.

La acción de las bandeiras paulistas tuvo su momento de mayor esplendor durante la primera mitad del siglo XVII; entre ellas se destacaron las comandadas por Manuel Preto, António Raposo Tavares, Francisco Bueno y Fernando Dias Pais, que aprovecharon la imprevisión e indecisión de las autoridades españolas de Paraguay y Buenos Aires. Los bandeirantes concentraron sus ataques sobre las reducciones guaraníes fundadas por la Compañía de Jesús, ya que éstas, además de constituir el obstáculo más serio que encontraban en sus avances, albergaban nativos que podían ser capturados con facilidad para ser posteriormente esclavizados.

Hasta el año 1636 los bandeirantes arrasaron las regiones del Guayrá e Itatim (actualmente los Estados brasileños de Santa Catarina y Paraná), donde

saquearon y despoblaron las reducciones jesuíticas y las poblaciones españolas allí existentes. Los ataques se saldaron con gran número de aborígenes apresados o muertos y, finalmente, con la definitiva pérdida por España de aquellos territorios en provecho de Portugal.

Luego de 1636, los bandeirantes orientaron sus devastadoras incursiones hacia el sur, en dirección a las reducciones que la Compañía de Jesús había establecido sobre el río Uruguay y en la región del Tape (en lo que es hoy día el Estado brasileño de Rio Grande do Sul).

Para hacer frente a las invasiones de las bandeiras, los padres jesuitas buscaron desesperadamente, sin resultado, la ayuda de las autoridades españolas. Hubo que esperar a 1640 para que el gobernador de Buenos Aires, atendiendo las gestiones y ruegos de los jesuitas, decidiese por fin cooperar aportando armas y municiones a las reducciones, consciente de las peligrosas consecuencias de no contener a tiempo las embestidas paulistas sobre las fronteras septentrionales y orientales de Buenos Aires y Paraguay. Los padres de la Compañía, además, lograron que sus aborígenes fueran dotados de armamento y que se les impartiese instrucción militar para combatir la amenaza lusitana.

El combate del Mbororé (11-26 de marzo de 1641)

Preparativos

Durante el año 1640 se organizó en San Pablo una nueva y poderosa bandeira destinada a eliminar definitivamente las reducciones jesuíticas del Uruguay y el Tape. Dicha bandeira, al mando de Jerónimo Pedroso de Barros y de Manuel Pérez, estaría integrada por entre 400 y 500 portugueses más algunos mestizos, mulatos y negros, todos con armas de fuego (arcabuces y mosquetes); a estos efectivos debe agregarse un importante contingente de más de 2.500 aliados tupíes. Esta bandeira partió de San Pablo a mediados de 1640 y en los primeros meses del año siguiente se encontraba en aguas del alto Uruguay, donde construyó empalizadas para resguardarse y encerrar allí a los nativos que se capturasen; además, en su descenso por el Uruguay en procura de las misiones utilizó centenares de balsas, canoas y lanchas.

Por su parte, los misioneros jesuitas y sus guaraníes, alertados con anticipación de la nueva invasión bandeirante, comenzaron a organizarse a fin de oponer efectiva resistencia al embate lusitano. Obtenido el apoyo del gobernador de Buenos Aires, llegaron a las reducciones munición, arcabuces, mosquetes y piezas de artillería procedentes de aquella ciudad, a la vez que en las propias misiones (por ejemplo, en la de Concepción) se fundía munición y se fabricaban armas improvisadas, como cañones artesanales contruidos con cañas tacuara forradas con cuero, las cuales permitían determinado número de disparos. Estas armas se complementaban con las tradicionalmente usadas por los aborígenes: arco y flecha, lanzas, macanas y hondas. Conscientes de la

importancia que tendrían los cursos fluviales cercanos a las reducciones en los inminentes enfrentamientos, con el agregado del considerable número de embarcaciones con que contaban los bandeirantes y su gente, los jesuitas y guaraníes decidieron formar una escuadrilla de aproximadamente 100 embarcaciones, entre las cuales deben destacarse unas curiosas balsas acorazadas o blindadas cubiertas con tablas y parapetos protectores y armadas con piezas de artillería. Las tropas misioneras alcanzaron un total de 4.200 hombres, 800 de los cuales se destinaron a la escuadrilla mientras que los 3.400 restantes estarían acantonados en tierra para prestar apoyo en las operaciones fluviales y evitar desembarcos del enemigo. En todos estos preparativos fue fundamental y extraordinario el papel desempeñado por los padres jesuitas, quienes planificaron las operaciones, asesoraron en la fabricación de armamento y construcción de defensas y medios navales, e impartieron una excelente instrucción militar a sus aborígenes, ya que varios misioneros habían prestado servicios de armas antes de ingresar en la Compañía. Los personajes que tuvieron a cargo estas tareas y la conducción de las operaciones fueron entre otros los padres Claudio Ruyer (superior de las misiones), Pedro Romero, Domingo Torres, Cristóbal Altamirano, Antonio Bernal, Juan de Cárdenas y Pedro Mola, y los caciques Ignacio Abiarú y Nicolás Ñeenguirú.

Como se puede apreciar, el combate que se estaba gestando iba a ser de gran magnitud y trascendencia por la gran cantidad de hombres, armamento, embarcaciones y recursos en general que iban a emplearse, y por lo que se hallaba realmente en juego: la supervivencia misma de las reducciones, la libertad de los guaraníes y la soberanía española sobre aquellos territorios.

Desarrollo

A comienzos de 1641, la escuadrilla bandeirante que bajaba por el Uruguay alcanzó el arroyo Acaraguá y tomó posesión de la reducción allí existente (que había sido abandonada por los padres de la Compañía); además, la escuadrilla construyó una serie de ranchos y empalizadas en los alrededores. Es de destacar que todos estos movimientos eran cuidadosamente vigilados por espías guaraníes (algunos embarcados en canoas) que pudieron informar con detalle a los padres y caciques para que pudiesen planificar las operaciones.

Los misioneros dispusieron concentrar la escuadrilla y las tropas en el arroyo Mbororé. Enviaron unas 15 canoas al mando del cacique Abiarú y del padre Altamirano a efecto de tomar contacto con el enemigo, sorprenderlo y luego atraerlo hacia la base de Mbororé, donde sería atacado por sorpresa por la escuadrilla y las fuerzas ubicadas en tierra.

Dispuestas así las cosas, las canoas de Abiarú y Altamirano chocaron en el Acaraguá con las embarcaciones bandeirantes; lograron herir y matar a algunos portugueses, eliminar a la tripulación de una de las canoas y dejar fuera de combate a otras. Luego de esta sorpresiva escaramuza, las canoas misioneras

se replegaron rápidamente hacia la base fluvial de Mbororé, dejando a los enemigos desconcertados y heridos en su orgullo por tan osado ataque.

Luego de un fuerte temporal que paralizó a ambos contendientes, los invasores cayeron en la trampa: se lanzaron por el Uruguay en busca de misioneros y guaraníes «con grande orgullo y gritería con más de trescientas canoas que llenaban todo el río apellidando victoria, según bogaban ufanos (no sabiendo que sabe Dios armadas más pujantes hacer que se las sorba el mar, y se las traguen los ríos)» (1).

El 11 de marzo de 1641 se inició el encuentro en la intersección del río Uruguay con el arroyo Mbororé (cerca de San Javier, actual provincia argentina de Misiones). Cuando los bandeirantes y sus aliados alcanzaron este punto, la flotilla misionera, puesta bajo la protección de san Francisco Javier, descendiendo rápida y sorpresivamente por el Mbororé atacó a su similar adversaria. La balsa blindada más poderosa de los misioneros hundió a cañonazos tres canoas bandeirantes; entre los proyectiles empleados se encontraban balas enramadas, piedras y clavos. Refiriéndose a esta acción, el padre Francisco Díaz Taño, S. J., en carta al procurador general de las Indias, Diego de Montiel, comentaba:

«... no había en el Río más de setenta embarcaciones, la una grande y en ella arbolado un lienzo con la imagen de San Francisco Javier, y en la [¿proa?] un buen esmerillón (...) paréiole al enemigo que tenía ya la victoria en la mano, fuéronse llegando, y nuestros indios les fueron saliendo al encuentro; (...) el indio que tenía a su cargo el esmerillón al mismo tiempo lo disparó sobre el enemigo y le echó a pique tres embarcaciones, transtornando la gente que en ellas venían, matando a muchos, porque estaba lleno de clavos, piedras y balas en Ramada...» (2).

La lucha fluvial se generalizó cuando atacaron las demás balsas y canoas con sus diferentes piezas de artillería, apoyadas desde tierra por un nutrido fuego de arcabuces y mosquetes. Esto provocó gran desorden y desconcierto en la escuadrilla invasora, que comenzó a perder embarcaciones, unas hundidas, otras apresadas por los guaraníes. En la citada carta al procurador general se destaca la importancia de la rapidez y la sorpresa en estos primeros ataques y los buenos resultados obtenidos en la jornada del 11 de marzo:

«... espantó el hecho al enemigo de suerte que casi no se acababan de determinar a lo que harían; llegaron los mosqueteros y diéronles una y otra carga, matando muchos y hiriendo a otros,

(1) *Anales de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1641 hasta el de 1643*, redactados por el padre provincial Francisco Lupercio de Zurbarano, pp. 25-26.

(2) Fechada en las reducciones del Uruguay el 9 de noviembre de 1641. Reproducida por el padre Pablo Pastells, S. J., en su obra *Historia de la Compañía de Jesús*, t. II, p. 61.

acometiéndoles con tanto ánimo que catorce embarcaciones más cercanas las tenían ya cogidas, y viéndose perdidos se echaron al agua, saliendo mal heridos muchos y quedando otros muertos, dejando las embarcaciones con buenos despojos...» (3).

Otro informante contemporáneo, el hermano Simón Méndez, en correspondencia enviada al hermano Diego de Molina, residente en Sevilla, indica que los misioneros y guaraníes

«... usaron de una estratagema que fue dejarlos venir cargando sobre ellos hasta cierto paraje, para luego dar sobre ellos; como lo hicieron dando luego vuelta sobre ellos con tal ánimo y denuedo que volvieron las espaldas aquellos del ejército de los vencedores hasta estos tiempos, dejando 14 canoas, echándose al agua algunos, juntamente con sus armas, saltando a las orillas del río acosados de la valentía de nuestro pequeño escuadrón los demás los recogieron a su palizada quedando en esta ocasión y en otras al pie de 60 muertos y muchos heridos, y de los nuestros no más que 8 heridos» (4).

Los fracasos que los bandeirantes comenzaban a experimentar en las aguas del Mbororé y el Uruguay los incitaron a efectuar desembarcos y atacar por sorpresa a los guaraníes acantonados en tierra:

«Con tan feliz golpe acudieron luego veloces las demás canoas nuestras con la arcabucería, y hicieron notable estrago en el enemigo, el cual viendo lo mal que le iba por el río para divertir su daño (ya que no podían huirlo) intentaron acometernos por tierra...» (5).

Para revertir la difícil y comprometida situación en que se encontraban, el jefe bandeirante Jerónimo Pedroso de Barros hizo desembarcar a parte de su gente para atacar audazmente por la retaguardia a los arcabuceros y mosqueteros guaraníes, quienes, sorprendidos en un primer momento, lograron reaccionar a tiempo y rechazar al enemigo hacia el interior de la selva. El superior de las misiones, padre Claudio Ruyer, en su completo relato sobre el combate del Mbororé recordaba:

«... en este tiempo salto en tierra el capitán Pedroso (...) con treynta hombres y pasando montes y un arroyo grande, de repente

(3) *Ibidem*, t. II, p. 61.

(4) Fechada el 23 de noviembre de 1641 en las reducciones de la provincia del Paraguay, río Uruguay. Reproducida por P. Pastells, *op. cit.*, t. II, p. 60.

(5) *Anales de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1641...*, p. 26.

comensaron por las espaldas a alcabucear a nuestros hijos que estaban en tierra y como los cogieron assí de repente mataron tres e hirieron a más de treynta. Pero volviendo sobre sí los indios viendo les acometían por tantas partes, acometieron a los Portugueses, defendiéndose varonilmente y matando luego a un Portugués y a quatro Tupís, hizieron huyr a los demás enviándolos muy mal heridos, y arrastrándose unos a otros de los cuales murieron algunos...» (6).

Sin darse todavía por vencidos en el escenario fluvial, los bandeirantes lanzaron con unas pocas canoas una ofensiva sobre el campamento costero de los guaraníes:

«... tres canoas que peleavan con nuestros hijos embistieron a nuestra palizada pensando teníamos a toda nuestra fuerza en el río, y que los indios y chusma estaba en la palisada solamente porque con industria estaban todos los indios encubiertos y las banderas escondidas, para que se llegasen por allí donde estaba toda la mosquetería aguardándolos, llegaron las dichas tres canoas enemigas con bravo denuedo muy serca de la palisada (...) los nuestros de improviso le dispararon tantos mosquetazos que parecían graniso las balas que cayan sobre ellos mostróse toda la gente levantándose y tremiolando las banderas con grande vocería espantóles y asombrólos de suerte que las canoas se Pusieron Surtas tendidos todos ellos por los planes de las canoas. Y a vista de todos allí quedó un Portugués muerto, y todos o casi todos sus vogadores y los demás quedaron mal heridos y destrosados y tan sin aliento que después de un grande rato vogando con las manos se apartaron retirándose a su chusma...» (7).

Convencidos los bandeirantes de su derrota fluvial, decidieron desembarcar todos para ver si podían lograr mejores resultados en el ámbito terrestre y unirse además a sus otros compañeros que ya se encontraban allí. Así, procedieron a abandonar sus embarcaciones, para construir inmediatamente ranchos y empalizadas en tierra donde, adoptando una táctica eminentemente defensiva, se concentraron y fortificaron. En su informe sobre la provincia jesuítica de Paraguay, el padre Francisco Lupercio de Zurbano señala que

«... habiendo saltado en tierra, por otra parte sin ser sentido el otro mayor grueso del ejército enemigo, se trabó una tan sangrienta batalla, que duró hasta la noche, que con sus tinieblas sola pudo despartirlos, quedando muertos doce portugueses de su parte con

(6) «Relación de la guerra que tuvieron los Yndios contra los Portugueses del Brasil», fechada en la reducción de San Nicolás el 6 de abril de 1644. En *Manuscritos de la colección De Angelis. Jesuitas y bandeirantes en el Tape (1615-1640)*, vol. III, p. 353.

(7) *Ibidem*, vol. III, pp. 353-354.

muchos indios tupís, y de la nuestra sólo tres con algunos pocos heridos» (8).

El padre Francisco Díaz Taño, por su parte, sintetizó claramente la extraordinaria actuación de los guaraníes de la escuadrilla misionera con las siguientes líneas:

«... diéronles la batalla en el Río, mataron a muchos y les hicieron dejar todas las embarcaciones [a los bandeirantes] saltando en tierra, quedando los indios Señores del Río» (9).

Desde el 12 de marzo la mayoría de las acciones se desplazaron hacia tierra, donde encontramos a los bandeirantes y a sus aliados tupíes haciéndose fuertes dentro de las construcciones levantadas por ellos entre el Mbororé y el Acaraguá; allí fueron cercados, rodeados y hostilizados encarnizadamente por los guaraníes, tanto por tierra como por agua, durante siete días de durísimos y continuos enfrentamientos que fueron así recordados por el padre Ruyer:

«... se determinaron [los indios] de sercarle por río y tierra para acabarle y consumirle dentro en su misma palisada (...), se pusieron en orden tres mil indios por un monte espeso y con gran silencio llegaron a tiro de Arcabús a la palisada de los Portugueses y assí comensaron a darles luego una famosa rociada de arcabusería y flechería. Turbáronse luego, mas viendo el daño que se les seguiría del serco y vecindad de nuestro ejército, salieron todos arrestados fuera de su palisada a pelear contra nuestra gente, para retirarla y hacerla desistir de una palisada que al mesmo tiempo yban allí haziendo y peleando juntamente. Mas los nuestros pelearon con tal valor que por tres veces hizieron huyr a los Portugueses y entrar en su palisada mas que de paso matando quatro Portugueses y hiriendo a muchos...» (10).

Los guaraníes complementaron el cerco terrestre enviando sus balsas blindadas a atacar desde el río, a fin de cortar a bandeirantes y tupíes cualquier intento de huida por vía fluvial:

(8) *Anales de la Provincia del Paraguay de la Compañía de...*, p. 26. El padre Díaz Taño relata, a su vez, al procurador general de Indias, Diego de Montiel, que los bandeirantes «se fueron arrimando hacia tierra donde estaba la emboscada, de donde comenzaron a sentir su daño, con muchas muertes y heridas; retiráronse a una punta de monte, donde se fortificaron» (reducciones de Uruguay, 9 de noviembre de 1641). En *Historia de la Compañía...*, t. II, p. 61.

(9) Carta al hermano Diego de Molina (Buenos Aires, 20 de febrero de 1642). En *ibidem*, t. II, p. 61. Véanse también estas palabras del padre Ruyer: «... finalmente los arrimaron [los guaraníes a los bandeirantes] adonde estaba su chusma con su presidio, corridos y afrentados, quedando los nuestros victoriosos (...), señores del campo así por tierra como por el río» («Relación de la guerra que tuvieron los Yndios contra...», en *Manuscritos de la colección De Angelis. Jesuitas y bandeirantes en...*, vol. III, p. 354).

(10) *Ibidem*, vol. III, p. 356.

«... al mismo tiempo se le acometió también por el río con seys balsas bien armadas de mosquetes con sus parapetos donde los cañonearon e hicieron mucho daño.

No sesaban por el río las seys balsas de inquietar al enemigo de día y de noche dándole cargas de mosquetería a sus ranchos, que por estar en una chacra descombrada y eminente a la mesma orilla del río rese- vía muy grande daño.

Advirtiendo el enemigo el grave daño que recevía con las balsas cubiertas de tablas que teníamos, intentó hazer otras él. Mas las nuestras se lo impidieron con los mosquetes con muerte de algunos que andaban en la obra. Otra vez muy noche quisieron dar asalto a nuestras canoas y sintiéndolos los nuestros les dieron tal rosiada que con desconcertada priesa salieron de las canoas y entraron a su palisada... persuadidos ya y resueltos ellos de no pelear más por el río, aunque nuestros hijos más los desafiaban y se ponían a tiro de arcabús, todas las canoas con reselo no se nos huyessen por el río, como savíamos de sus tupís intentaban hazerlo, dábamos trasas de quitarles las canoas, y algunos de nuestros hijos echándose al agua de noche se fueron poco a poco y llegando a las canoas no pudieron quitarles más de dos o tres por tenerlas tan amarradas y con muchas guardas, y para poderlo mejor hazer llegaron de repente nuestras balsas y dieron una rosiada con que hirieron algunos y los espantaron (...) fue desta su determinación el verse de repente cercados hazia el río arriba por donde les era fuersa passar queriendo volver- se al acaragua por tierra» (11).

En la noche del 19 de marzo, luego de siete jornadas de desesperada resistencia en las que tuvieron importantes pérdidas entre muertos y heridos, los bandeirantes y tupíes, conscientes de su absoluta derrota y del fracaso total de sus planes, lograron escabullirse entre las sombras y la selva en su intento de alcanzar por tierra su campamento principal del Acaraguá.

Conocida la huida del enemigo, los guaraníes se lanzaron en su búsqueda en una dramática persecución por entre escarpadas sierras, impenetrables bosques e incómodos arroyos, hasta que en la mañana del día 20, logrando cercarlo nuevamente, lo atacaron con gran violencia y empujaron todavía más hacia el interior de la selva:

«... los enemigos (...) se fueron huyendo, y metiendo a gatas por la espesura de un monte, que tenían cerca. Advirtiendo los nuestros la fuga ignominiosa de los enemigos fueron tras ellos y a distancia de una legua, que solamente anduvieron todo el día (por ser insupe- rables las asperezas del bosque) les dieron alcance, y cercaron, teniéndolos así toda la noche. Llegada la mañana les dieron el más

(11) *Ibidem*, vol. III, pp. 356-358.

cruel Santiago que vieron jamás aquellos montes. Duró la batalla hasta las dos de la tarde... El lugar era un bosque cerrado (...) en el cual a dos pasos no se veían sus serranías altísimas, con mil quebradas y despeñaderos, sus subidas inaccesibles por las punzantes espinas, cañas cortaderas y zarzales que la impedían, y viendo que entre la espesura de este bosque inculto no podían jugar las armas, vinieron a las manos, pero con mejor fortuna de nuestros indios pues murieron sólo tres, con cuarenta heridos. El daño que recibió el enemigo fue sin comparación mayor, pues quedó todo aquel bosque lleno de cuerpos muertos...» (12).

Entre el 21 y 25 de marzo los bandeirantes lograron despistar a sus implacables perseguidores guaraníes y alcanzar a duras penas su campamento del Acaraguá. Aquí fueron encontrados el día 26 por los nativos de las misiones, al mando del cacique Abiarú y del padre Altamirano, que les dieron el golpe definitivo en una arrolladora ofensiva que, dejando un estela de muertos y heridos, destruyó sus empalizadas y demás construcciones, y los arrojó más allá del Acaraguá poniéndolos en precipitada y desesperada fuga. Luego de tan reñido y tan prolongado combate,

«Echados ya los enemigos de todos nuestros confines, volvieron los Padres y sus hijos victoriosos y reconocidos a los favores del cielo y a la intercesión del glorioso Apóstol San Francisco Javier, se fueron a su iglesia y allí le cantaron una misa solemne y un *Te Deum laudamus* en acción de gracias, viéndose ya libres de sus enemigos tan gloriosamente lo mismo hize yo aquí en esta Reducción de San Nicolás donde me halle y lo mismo han hecho los demás Padres en todas las Reducciones y fuera deso en cada una dellas se ha cantado una solemne misa de réquiem por nuestros hijos difuntos que murieron en la pelea, quedando muy reconocidos a nuestro Señor por la multitud de mercedes que de su liberalísimma mano emos recebido en esta ocasión, y juntamente agradecidos a V. R. y a toda la Provincia que con tantas velas nos han ayudado y alcanzado con sus oraciones de Nuestro Señor esta victoria en la cual an quedado muertos, heridos y afrentados la flor de los certonistas de San Pablo y del Brasil...» (13).

Consecuencias

La victoria obtenida por los jesuitas y guaraníes fue total. Con ella se logró contener los ataques e incursiones de los bandeirantes de San Pablo, con lo

(12) *Anales de la Provincia del Paraguay de...*, p. 27.

(13) Declaraciones del superior de las misiones padre Claudio Ruyer, S. J. («Relación de la guerra...», en *Manuscritos de la colección De Angelis...*, vol. III, p. 368.

que se dejaron a salvo las reducciones jesuíticas del Uruguay y el Tape y, frenando los avances lusitanos, se aseguró la soberanía española sobre las fronteras orientales de las gobernaciones de Paraguay y Buenos Aires. Además, este memorable combate puso de manifiesto la magnífica organización e instrucción militar conseguida por los misioneros jesuitas en sus reducciones para hacer frente a amenazas exteriores, y mostró la bravura, valentía y capacidad de los guaraníes en acciones de guerra, cualidades reconocidas por los mismos bandeirantes paulistas, quienes «viendo el esfuerzo tan extraño y la perseverancia, sin asombrarse con la vista de heridos y muertos, hasta oy día se an persuadido peleaban no con indios sino con españoles...» (14).

Desviadas las furias bandeirantes hacia el interior de Brasil (por ejemplo, a la región del Amazonas), los portugueses orientaron sus proyectos expansionistas en dirección al Río de la Plata fundando allí, en 1680, Colonia del Sacramento. A este conflictivo escenario acudieron presurosos los guaraníes de las misiones, los cuales, en las luchas rioplatenses que se sucedieron a partir de aquel año, dieron muestra de su brillante espíritu guerrero, adquirido en las duras jornadas del Mbororé, a la vez que fueron ejemplo de lealtad y fidelidad hacia la Corona de España sirviendo como celosos guardianes de las fronteras hispanas de los dominios sudamericanos pertenecientes a Su Majestad Católica.

Fuentes consultadas

Bibliográficas

BRUNO, Cayetano: *Las reducciones jesuíticas de indios guaraníes (1609-1818)*. Ediciones Didascalia. Rosario, 1991.

CARVALLO, Casiano N.: «El primer triunfo naval argentino. La victoria misio-nera de Mbororé», en *Boletín del Centro Naval*, vol. XCIV, año XCV, número 708, julio-septiembre de 1976.

ECHEPAREBORDA, Roberto: «El conflicto de límites y guerra con los portugueses», en *Historia marítima argentina*, tomo III, capítulo V. Departamento de Estudios Históricos Navales. Buenos Aires, 1984.

FLORIA, Carlos, y GARCÍA BELSUNCE, César: *Historia de los argentinos*. Larousse. Buenos Aires, 1992.

HILLAR PUXEDDU, Leo W.: «Mbororé, batalla por la libertad y defensa del terruño». Separata del diario *El Litoral*, Santa Fe, 2 de agosto de 1975.

SIERRA, Vicente D.: *Historia de la Argentina*, tomo III. Unión de Editores Latinos. Buenos Aires, 1957.

(14) *Ibidem*, vol. III, p. 359.

Documentales

Anales de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año de 1641 hasta el de 1643, redactados por el padre provincial Francisco Lupercio de Zurbano. *Documentos de Geohistoria Regional*, núm. 11. Introducción del Dr. Ernesto J. A. Maeder. Instituto de Investigaciones Históricas, Resistencia. Chaco, 1996.

PASTELLS, Pablo: *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo II. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1915.

«Relación de la guerra que tuvieron los Yndios contra los Portugueses del Brasil», escrita por el padre Claudio Ruyer, S. J., en la reducción de San Nicolás, 6 de abril de 1641. En *Manuscritos de la colección De Angelis. Jesuitas y bandeirantes en el Tape (1615-1640)*, vol. III. Introducción y notas de Jaime Cortesão. Biblioteca Nacional (División de Publicaciones y Divulgación). Río de Janeiro, 1969.